

Rosario García del Pozo. In memoriam

Ascensión Marcelino Díaz
Consejería de Educación, Junta de Andalucía,
y Universidad de Cádiz
DOI:
https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.12

Conocí a Rosario en septiembre de 2018 en el XII Congreso Andaluz de Filosofía titulado “Filosofía, Mujeres y Naturaleza”, celebrado en Sevilla y organizado por Rosalía Romero Pérez, profesora, doctora en filosofía y escritora. Me la presentó ella misma en la entrada del teatro del Centro Social Hogar Virgen de los Reyes.

—La madre de Paco, Ascen. Paco Vázquez García era entonces mi director de tesis y me sorprendió que Rosario fuera su madre, como si hubiera nacido directamente de la cabeza de Atenea y no de vientre de mujer.

—Yo le he enseñado todo sobre Foucault, me dijo Charo.

Madre y Foucault. Ya. Pero ¿Quién es Rosario García del Pozo?, pensé. Tener internet en el móvil resuelve muchas dudas. Profesora de filosofía de la Universidad de Sevilla, especialista en los “Maestros de la sospecha” y pionera en los estudios sobre Foucault con uno de los primeros estudios sobre su pensamiento: *Michel Foucault. Un arqueólogo del humanismo*, publicado en 1988. En esa fecha, yo estudiaba filosofía en la UNED y criaba a mi hijo.

Meses después del Congreso, fui invitada por Rosalía a asistir a un almuerzo en Cádiz en el que compartiríamos mesa con Charo y varias amigas de ellas dos, una primavera luminosa cerca del mar. Cervecitas, pescaito frito y los postres en casa de una de las amigas, profesora de la UCA. Charo era toda luz, como ese día gaditano. Así es como la recuerdo. Yo no tuve referentes femeninos cuando empecé a estudiar la carrera. Entonces no existía internet, las comunicaciones se sostenían a través de cartas

y teléfono fijo y los trabajos de licenciatura se hacían con la máquina de escribir, en mi caso, con una Olivetti.

En 2011 había empezado a frecuentar la Universidad de Cádiz para cursar el Máster de Género y descubrí la otra cara de la luna de los estudios filosóficos. Existían maestras filósofas, mujeres en la historia del pensamiento y profesoras feministas que alumbraban un camino desde otra perspectiva: la de género. El feminismo es una puerta hacia un diálogo abierto en el que no falten las mujeres. Una reivindicación, una excavación en busca de la justicia perdida en la historia de la cultura, en las ciencias sociales. Durante años lo ignoré todo sobre el feminismo filosófico y la filosofía feminista que venía practicándose desde hacía años.

Me hubiera encantado haber tenido a Rosario García del Pozo como profesora de Historia de la Filosofía y como referente, haber podido charlar dentro y fuera del aula de temas que solo traté a través de los libros en la soledad de mi cuarto de estudio. Pero, como afirma el proverbio Zen, “el/la maestra parece cuando la/el alumna/o está preparada/o”. Las personas que han llegado a mi vida lo han hecho en el momento justo y en el lugar adecuado.

La relación que tuvimos Charo y yo fue breve e insuficiente. La última vez que nos vimos fue durante mi defensa de Tesis en el verano de 2019. Aunque no la tuve como profesora de filosofía, sí tuve a su hijo como profesor del Máster y director de mi tesis sobre Judith Butler en España. “Yo le enseñé todo sobre Foucault” significaba que, de alguna manera, la conocía a ella a través de Paco. La impronta que dejó en su hijo llegaría a toda persona que trabajara con él. Eso es lo que supone tener una madre que inculca desde la infancia el amor por el conocimiento y el saber. Y deja huella y escuela, no solo en el contexto académico sino también en el personal. Todo lo que hacemos tiene repercusión, aunque lo ignoremos.

La muerte siempre nos enfrenta con nosotros mismos. Se me viene a la cabeza el título de una película dirigida por Agustín Díaz Yanes: *Nadie hablará de nosotras cuando estemos muertas* que transformo en pregunta y respondo. De Charo se hablará porque deja una obra, deja sus investigaciones, deja su fina estampa en cientos de personas que han estudiado con ella. Somos carne y huesos, pura materia insuflada de vida

temporalmente por algo que no sabemos muy bien qué es. No hablo ni de alma ni de mente. Pero sí del espíritu que impregna cada átomo de nuestro ser cuando se traslada hacia cualquier parte de lo que somos o hemos sido, sea través de un libro, de una investigación, de una conversación o de una clase magistral.

En la fugacidad de nuestros encuentros hubo palabras afectuosas y un interés sincero en mi trabajo. Lo que fue, lo que hizo estarán presentes en la memoria de quienes la recuerden: amigos, familiares, lectores o vecinos. Pero también en su obra, que está ahí, para quien quiera conocerla, leerla y estudiar su legado.

En Cádiz. Septiembre 2025.